

Asher Benatar

Perversidad de los hoteles

Desde el otro lado de la puerta llegaban los familiares *claps* que el cuerpo de Teresa producía en la bañera y que por su ritmo me hacían adivinar que estaba triste. Sonreí, enternecido. En esos once años había llegado a conocer tan íntimamente a Teresa que hasta en el siseo de sus pies descalzos desplazándose sobre una mullida alfombra yo encontraba claves para descubrir su estado de ánimo. Podolenguaje, como decía ella. Me acerqué a la puerta del baño.

-¿Te falta mucho? –pregunté.

-Dejame alargar un poco las vacaciones –contestó ella, lánguida-, me da tanta lástima irme.

Yo también lo lamentaba. Tres semanas hermosas que ahora se terminaban y que ya estaban adheridas a nuestra piel con su saludable color bronce.

-¿Revisaste el cuarto para ver si no nos olvidamos algo? –preguntó Teresa, con un fondo de chapoteo que se había transformado en un crescendo.

No, no lo había hecho, pero ya habría tiempo, era como si yo también quisiera prolongar la estadía. Salí al enorme balcón y me senté en uno de los sillones. Abajo, dos blancas escalinatas describían simétricas curvas abrazando el prolijo comienzo del parque. Al fin de cuentas Teresa había estado acertada al encapricharse con ese antiguo hotel. En un principio yo me había negado, y no sé por qué, un rechazo instintivo, irracional. El hecho de que estuviera apartado de la playa no era un motivo valedero, después de todo teníamos el auto y además, en tantos años de insistencia casi maniática con respecto al mar, más de una vez habíamos recorrido largos kilómetros en procura de playas desiertas. Hoy, a la luz de lo que ocurrió después, creo que aquella renuencia se debió a un presentimiento.

Volví a la habitación y verifiqué maquinalmente cada uno de los cajones. Fue al abrir la mesa de luz que correspondía a mi lado, cuando vi algo que me sorprendió: una cartulina de regular tamaño, con leves inscrip-

PHOTOS © **Baron Norris**



ciones transversales: *this paper manufactured by Kodak*. Al darla vuelta quedé paralizado por el asombro: allí estaba yo, sentado sobre una especie de pared muy baja, con el cuerpo oblicuo y vistiendo el gastado jean que siempre mantengo en reserva para mis vacaciones. Pero lo que llamó más mi atención y me hizo controlar los ruidos del baño fue la mujer que en la fotografía estaba sentada junto a mí. La mirada de aquella desconocida denotaba placidez. Al instante advertí todo: los ojos míos y los de ella, la posición de los cuerpos, mi mano acariciando el pelo que se ofrecía sin desconfianza, el dócil hueco que dibujaba mi brazo al recibir a la afectuosa barbilla. Sí, no había duda, todo aquel clima encerraba una historia intensa y larga. Pero por dios, cuándo y dónde se había desarrollado esa historia. Volví a mirar a ese familiar desconocido y encontré todas las señas particulares que se instalaban en mis mañanas con un leve golpe de espejo: mandíbula demasiado cuadrada, nariz aguileña, barba encanecida a jirones. No había duda, era yo. Oí el gorgoteo de la bañera pero el húmedo sonido de la ducha me advirtió que por el momento no había peligro. ¿Cómo mostrarle a Teresa aquella fotografía, cómo convencerla de que nunca había estado en esa situación? No, imposible, nadie lo habría creído.

-Voy a la conserjería a pagar –dije.

-Bueno, pero no tardes.



Asher Benatar

Busqué un apartado rincón que formaban dos muros vegetales y volví a analizar la fotografía. Seguía siendo yo, y ahora más aún, porque sobre el brazo izquierdo, el que se doblaba como una ele invertida formando marco para la cara de la desconocida, podía verse le cicatriz de un viejo accidente de caza. En la mano, reafirmando mi identidad, el extraño anillo que Teresa me había regalado y que yo usaba en las vacaciones como un desganado homenaje. Analicé cada prenda y cada rasgo sin encontrar un solo detalle que no me perteneciera. Convencido y nervioso, investigué a mi sorpresiva compañera. Ojos separados, manos largas y un tanto aniñadas, pies descalzos de rara delicadeza. Mientras miraba, trataba de escarbar en mi memoria en procura de algún encuentro fortuito que hubiera olvidado, pero no, no tenía sentido, la mano de ella estaba ahí, insoslayable, proclamando esa historia que yo había descubierto en un principio y que ahora se me mostraba en toda su profundidad. Traté de recordar alguna aventura pasajera pero la deseché al instante: ni yo acostumbraba a deslices ni ella parecía afecta a encuentros de fin de semana. Por el contrario, en aquella boca fina y bien delineada, se adivinaban trajines que hacían imposible la fugacidad, en aquellos pómulos donde se guardaba una pequeña parte de la sombra que volcaban los árboles había algo así como un deseo recién satisfecho pero inmediatamente renovado.

Retuve la fotografía en mi mano y me dediqué a pensar, todo febril, rápido, Teresa seguramente lista y dando ella también un inútil vistazo en los cajones, en pocos minutos el encuentro en el que yo tendría que hablar con naturalidad, como si la fotografía que guardaba en mi mano no modificara mis gestos y mi atención, como si nuestras tres semanas de vacaciones no se vieran acortadas por una imagen a la que no pude encontrar razón. Pensé en una broma tonta de mis amigos, un montaje de laboratorio, pero era imposible, precisamente yo, con veinte años de fotógrafo, no podía dudar de la genuinidad de la imagen: el pelo de la desconocida flameaba al viento y las puntas mostraban una indefinición en la que el truco no encajaba. Se me ocurrió fijarme en el segmentado mundo que dentro de la fotografía nos rodeaba a la desconocida y a mí: era una pared azul, aparentemente recién pintada, y un fragmento de ventana color crema. Hacia la derecha, y en el fondo de una calle que el final de la pared permitía descubrir, se veía un extraño carro con ruedas neumáticas y tirado por un caballo. No era un dato demasiado importante, pero intuí que alguien debía de saber en qué lugar se utilizaba tan extraño medio de transporte. Guardé la fotografía en mi bolsillo y decidí que no podíamos irnos. Aunque no fueran nada más que tres días, aunque mi pesquisa, además de su improbabilidad, adquiriera un carácter subrepticio con respecto a mi mujer. Al dirigirme a mi habitación tropecé con Teresa y le conté lo que había resuelto. No los motivos, por supuesto, quién habría podido entenderlos, pero ese ocultamiento, infrecuente en mí,